

A woman in a red dress is shown from the waist down, holding a handgun in her right hand. The background is a city street at sunset, with buildings and cars visible. The text is overlaid on the image.

¡ARRIBA LAS MANOS!

TAMARA MARÍN

¡Arriba las manos!

Tamara Marín

Esencia/Planeta

© Tamara Marín, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ayda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-08-28026-2
Depósito legal: B. 20.849-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

¿Desde cuándo eso es un impedimento?

Lola

Me ponía muy nerviosa no saber qué hacer y mis manos, las cuales retorció sin piedad, estaban pagando las consecuencias. Me levanté de la silla en la que apenas hacía un par de minutos que me había sentado. Intenté dar una vuelta por la estancia, pero había tanta gente que desistí, aunque preferí seguir de pie.

Llevábamos más de dos horas esperando noticias del estado de Sánchez y por allí no aparecía nadie. La última vez que había salido un médico a informarnos no se exhibió con las explicaciones. La preocupación y la impaciencia crecían por momentos y los susurros en la sala estaban empezando a subir de intensidad.

—Chicos, bajad el volumen o volverán a llamarnos la atención —pedí.

—Vale, jefa —contestaron casi a coro.

—Voy a ver si veo a algún médico y me sabe decir algo —comenté alzando la voz, pero a nadie en concreto.

—Has ido hace cinco minutos —respondió el bocazas de turno.

En realidad, solo era la excusa para pasear, estirar las piernas y despejarme, pero me sorprendió que hiciera tan poco de la última vez que había salido de allí, se me había pasado demasiado lento.

—Perfecto. Pues voy a volver a hacerlo —sentenció.

—Como quieras, jefa —masculló Quique agachando la cabeza.

Sin embargo, solo me dio tiempo a dar tres pasos, porque justo en ese instante el doctor que se había llevado a Sánchez al quirófano entró en la sala de espera. Parecía cansado, y no era para menos, pues habían pasado unas cuantas horas en la mesa de operaciones.

—Familiares de Alberto Sánchez. —A pesar de la cara de agotado que tenía, su voz sonó firme.

El cirujano se mostró perplejo cuando todas las cabezas se giraron para mirarlo. La mayoría de nosotros estábamos de pie y en la estancia había demasiada gente, pero nos hicimos a un lado para dejar paso a la mujer y a la hija de nuestro compañero.

—Sí, soy su esposa. ¿Qué tal está? —susurró esta, y se hizo el silencio más absoluto.

—Fuera de peligro... —No pudo continuar, porque una algarabía de felicidad se apoderó del ambiente.

Mientras el médico le detallaba cómo había ido la intervención y lo que tendría que hacer a partir de ese momento, yo me volví y miré a mis hombres.

—Vamos, todo el mundo fuera —les ordené, y ellos obedecieron sin rechistar.

Cuando el último salió, me acerqué a la mujer de Sán-

chez, que justo en ese instante terminaba de hablar con el cirujano. No recordaba si se llamaba Almudena o Antonia, así que preferí no meter la pata.

—Nosotros nos vamos y os dejamos tranquilas —le dije.

—Ha sido estupendo teneros aquí, por lo menos hemos estado acompañadas. —Por primera vez desde que había llegado allí, la expresión de su rostro parecía tranquila.

—Menuda compañía, han tenido que venir varias veces a llamarnos la atención —admití algo avergonzada.

—De todas maneras, os lo agradezco. —Sonrió.

—Mañana, en cuanto entre a trabajar, si no te molesta, te llamaré para saber cómo ha pasado la noche.

—No me molesta para nada. Apunta mi teléfono.

En cuanto intercambiamos los números me despedí de ellas y abandoné el hospital. En la puerta me esperaban unos cuantos compañeros.

—Esto hay que celebrarlo —propuso Samuel.

—Hombre, hay que brindar por Alberto con una copa, o con dos —coincidió Quique.

—Tened en cuenta que mañana hay que madrugar —les recordé, aunque era la primera que necesitaba una copa y a un tío para olvidarme de esa mierda de noche.

—¿Y desde cuándo eso es un impedimento? —Ahí tuve que darle la razón a Blas.

Miré hacia donde estaba Aarón, que no había dicho nada, y los dos nos entendimos sin necesidad de hablar.

Nos dirigimos al bar de siempre y al final bebimos más de lo estrictamente necesario.

*¡Arriba las manos!**Lola*

Hacía ya bastante que habíamos llegado al bar y era la hora de marcharme; el cansancio y el alcohol empezaban a pasarme factura.

Encontré a Aarón con la mirada, pero estaba muy entretenido charlando con una chica, así que lo descarté y recorrí el local buscando a un tío que me atrajera lo suficiente como para pasar un rato con él.

Lo divisé apoyado en la barra. Podía observarlo a mis anchas sin que él me viera, y me recreé examinándolo. Llegué a la conclusión de que quizá se pasaba de guapo y, además, por lo que podía percibir debajo de la ropa que llevaba, parecía estar en forma. También me sorprendió que, a pesar de la hora, se encontrara solo. Igual estaba casado o tenía pareja. Me fijé en sus manos buscando una alianza; no encontré nada.

Parecía demasiado bueno para ser verdad y sabía que me arriesgaba a que me dijera que no, pero eso nunca había sido un inconveniente para mí. Así que me encaminé hacia donde se hallaba.

—Hola —saludé plantándome frente a él.

—Hola —me respondió mirándome de arriba abajo con curiosidad.

—¿Te apetecería pasar unas... —miré el reloj— dos horas conmigo?

—¿Perdón? —A su favor diré que parecía perplejo.

—Nada, déjalo. —No estaba para perder el tiempo con hombres que no entendieran una indirecta, imagínate si, encima, no pillaban una directa tan directa como la que acababa de soltarle.

Sabía que era una propuesta excesivamente descarada y que muchas veces los tipos a los que me acercaba no reaccionaban muy bien, incluso me había topado con alguno que se había mosqueado por no haberme presentado antes, pero mi intención no era intimar con ellos. O, mejor dicho, sí quería intimidad, pero de otro tipo.

En cuanto me di la vuelta para irme, me agarró con suavidad por el brazo.

—Espera un segundo —me pidió mientras se volvía y le comentaba algo al tío de la barra, que le pasó una cazadora.

Salimos del local en silencio y yo, como había hecho en otras ocasiones, entré en un hotel barato situado justo al lado del bar. Pedí una habitación y subimos a ella sin intercambiar palabra. Cuando entramos y cerré la puerta, él fue el primero en hablar.

—¿Vas a decirme al menos cómo te llamas?

—Para lo que vamos a hacer no creo que sea preciso.

—Oh, vamos, ya está siendo todo lo suficientemente frío como para, encima, no saber ni tu nombre.

—Me llamo Lola. ¿Contento? —Me volví hacia él poniendo los brazos en jarras.

—Bueno, a ver, no doy saltos de alegría, pero me sirve —ironizó.

Me fijé en cómo sonreía y no me gustó. Yo solo quería acostarme con él, utilizarlo para olvidar el día de mierda que llevaba. Era mucho más fácil con Aarón; sin embargo, esa noche estaba ocupado, así que tendría que bastarme con ese otro. Pero no necesitaba conocerlo, no quería simpatizar con él de ninguna otra manera que no fuera en la cama.

—Yo soy Nacho —se presentó.

—Pues vale. —Estaba siendo borde y era consciente de ello, pero no sabía hacerlo de otra forma para conseguir que dejara de hablar.

Lo miré de arriba abajo unos instantes y me sorprendió que un tío como aquel hubiera accedido a estar con alguien como yo, que, a ver, soy mona y eso, pero llevaba zapatillas deportivas, una sudadera, el pelo recogido y ni un ápice de maquillaje. Y él parecía del tipo de hombres que se fijaban en mujeres como mi amiga Inés, y no en mí.

En fin, aprovecharía mi suerte y cruzaría los dedos para que no fuera el típico guapo que acababa resultando una decepción en la cama.

Empecé a quitarme los pantalones con rapidez, ya que se me echaba el tiempo encima.

—¿Ni siquiera vas a dejar que sea yo quien te desnude?

—Prefiero hacerlo yo, pero si insistes...

—Insisto —replicó.

Se acercó a mí y me miró de una manera que continuó sin gustarme. Yo solo lo quería para un polvo de una noche, y ese tío me observaba como si no acabara de pillarlo.

—¡Arriba las manos! —me ordenó.

Enarqué una ceja ante ese comentario, pero me di cuenta de que lo que quería era deshacerse de mi sudadera, así que alcé los dos brazos y él me la sacó con mucha suavidad, como si en lugar de desnudarme estuviera desenvolviendo un regalo. Tragué saliva.

—Vale, Lola, voy a besarte —me avisó mientras pasaba su mano por mi nuca.

Quise protestar, no porque fuera a darme un beso, sino para preguntarle si tenía pensado informarme de cada cosa que hiciera, pero no tuve tiempo.

Cuando dijo que iba a besarme imaginé que se refería a mi boca, pero Nacho bajó hasta mi pezón izquierdo, apartó mi sujetador y lo hizo desaparecer, por completo, entre sus labios. Solté un jadeo por la sorpresa y él rio entre dientes.

Después de dedicarle un tiempo a cada uno de mis pechos continuó descendiendo hasta llegar a mi ombligo. Mientras besaba mi estómago fue deshaciéndose de mis bragas y, antes de que pudiera reaccionar, metió su boca entre mis piernas, y yo dejé de pensar con claridad.

Tuve la certeza de que no sería capaz de aguantar mucho más tiempo y, en el instante en que el último gemido fue más largo que el resto, Nacho se levantó y me tumbó con delicadeza en la cama. Al ponerse sobre mí, me fijé en su risa canalla. El placer y el asombro se debieron de refle-

jar en mi cara cuando entró en mí de una fuerte embestida. Deduje que aquel tío sabía muy bien lo que hacía.

Con el transcurso de las horas supe que no estaba equivocada, porque fueron las más intensas de mi vida, en lo que a sexo se refiere, por supuesto.

* * *

Me levanté de la cama en cuanto la respiración de Nacho se acompasó y comprobé que estaba dormido. Llevaba unos veinte minutos esperando para asegurarme.

Nada más acabar de vestirme, salí por patas de allí. Antes de cerrar la puerta me volví para mirarlo y pensé que no me importaría repetir con él otro día, pero era una regla que no podía permitirme el lujo de romper. Solo lo hacía con Aarón, y porque los dos lo habíamos hablado y lo teníamos muy claro.

Bajé las escaleras de dos en dos y al pasar por la recepción me detuve para pagar el importe de la habitación.

Cuando pisé la calle el aire fresco me sentó bien; no tenía claro si hacía mucho calor allí dentro o si el aumento de temperatura había sido solo culpa de Nacho. Sacudí la cabeza para sacarlo de mis pensamientos.

Cogí el metro para dirigirme a mi piso; me daría el tiempo justo de ducharme, desayunar e irme a la comisaría.